

De muerte en vida

Por Ayn Rand



Charla sobre la encíclica papal “*Humanae Vitae*” que Ayn Rand presentó en el Ford Hall Forum, Boston, USA, el 8 de diciembre de 1968.

*Traducido por Objetivismo.org con autorización expresa del Estate of Ayn Rand
Prohibida la reproducción*

 **Objetivismo.org**
 *Objetivismo Internacional*

* * *

“De muerte en vida” -- por Ayn Rand.

Charla sobre la encíclica papal “Humanae Vitae” que Ayn Rand presentó en el Ford Hall Forum, Boston, USA, el 8 de diciembre de 1968.

###

Quienes deseen observar el papel de la filosofía en la existencia humana pueden verlo dramatizado a una gran (y espantosa) escala en el conflicto que está dividiendo a la Iglesia Católica hoy.

Observa, en ese conflicto, el miedo que tienen los hombres a identificar o desafiar fundamentos filosóficos: ambas partes están dispuestas a pelear en confusión silenciosa, a apostar sus creencias, sus carreras y sus reputaciones en el resultado de una batalla sobre los efectos de una causa no mencionada. Una parte la componen principalmente hombres que no se atreven a nombrar la causa; la otra, hombres que no se atreven a descubrirla.

Ambas partes afirman estar desconcertadas y decepcionadas con lo que consideran una contradicción en las dos recientes encíclicas del Papa Pablo VI. Los así llamados conservadores (hablando en términos religiosos, no políticos) se consternaron por la encíclica “*Populorum Progressio*” (“*Sobre el Desarrollo de los Pueblos*”) - que abogaba por un estatismo global - mientras que los llamados liberales la elogiaron como un documento progresista. Ahora los conservadores están elogiando la encíclica “*Humanae Vitae*” (“*De la Vida Humana*”) - que prohíbe el uso de anticonceptivos - mientras que los liberales están consternados por ella. A ambas partes les parecen inconsistentes los dos documentos. Pero la inconsistencia es de ellos, no del pontífice. Las dos encíclicas son total y absolutamente consistentes en cuanto a su filosofía básica y a su meta final: ambas proceden de la misma visión de la naturaleza del hombre y están dirigidas a establecer las mismas condiciones para su vida en la Tierra. La primera de esas dos encíclicas prohibió la ambición, la segunda prohíbe el disfrute; la primera esclavizó al hombre a las necesidades físicas de otros, la segunda lo esclaviza a las capacidades físicas de su propio cuerpo; la primera condenó el éxito, la segunda condena el amor.

La doctrina de que la capacidad sexual del hombre pertenece a la parte animal o más baja de su naturaleza ha tenido una larga historia en la Iglesia Católica. Es la consecuencia necesaria de la doctrina que el hombre no es una entidad integrada, sino un ser desgarrado por dos elementos opuestos, antagónicos e irreconciliables: su cuerpo, que es de este mundo, y su alma, que es de otro mundo, el sobrenatural. Según esa doctrina, la capacidad sexual del hombre - independientemente de cómo la use o qué la motive; no sólo su abuso, ni su pura complacencia o promiscuidad, sino *la capacidad en sí* - es pecaminosa o depravada.

Durante siglos, la enseñanza dominante de la Iglesia sostuvo que la sexualidad es malvada, que sólo la necesidad de evitar la extinción de la especie humana le da al sexo el estatus de un mal *necesario*, y que, por lo tanto, sólo la procreación puede redimirlo o excusarlo. En tiempos modernos, muchos escritores católicos han negado que esa fuese la visión de la Iglesia. Pero ¿cuál es esa visión? No respondieron.

Veamos si podemos encontrar la respuesta en la encíclica “*Humanae Vitae*”. Al tratar el tema del control de natalidad, la encíclica prohíbe todos los tipos de contracepción (excepto el llamado “método del ritmo”). La prohibición es total, rígida, inequívoca. Es enunciada como un absoluto moral.

Piensa en lo que ese asunto implica. Trata de mantener una imagen de horror extendida en el espacio y el tiempo - a través del mundo entero y a lo largo de los siglos - la imagen de padres encadenados, como bestias de carga, a las necesidades físicas de una prole cada vez mayor de niños - de padres jóvenes envejeciendo prematuramente mientras libran una batalla perdida contra la inanición - de hordas esqueléticas de hijos indeseados naciendo sin ninguna posibilidad de vivir - de madres solteras muriendo en una carnicería masiva en antros antihigiénicos de abortistas incompetentes - el terror silencioso presidiendo, para cualquier pareja, sobre cada uno de sus momentos de amor. Si uno mantiene esa imagen mientras escucha que esa pesadilla no ha de ser frenada, la primera pregunta que uno se hará es: *¿Por qué?* En nombre de la humanidad, uno asumirá que alguna razón inconcebible, aunque crucialmente importante, debe estar motivando a cualquier ser humano que permita dejar que esa carnicería continúe sin oposición.

Así que lo primero que uno buscará en la encíclica es esa razón, una respuesta a ese *¿por qué?*

“El problema de la natalidad”, declara la encíclica, “como cualquier otro problema relativo a la vida humana, debe ser considerado... a la luz de una visión integral del hombre y de su vocación, no sólo natural y terrenal, sino también de su vocación sobrenatural y eterna”. [Párrafo 7]

Y: “Un acto recíproco de amor, que pone en peligro la responsabilidad de transmitir la vida que Dios el Creador, de acuerdo a leyes específicas insertó ahí, es una contradicción con el designio constitutivo del matrimonio, y con la voluntad del autor de la vida. Usar ese regalo divino para destruir, aunque sólo sea parcialmente, su sentido y su objetivo, es contradecir la naturaleza tanto del hombre como de la mujer y de su relación más íntima, y por tanto, es contradecir también el plan de Dios y su voluntad”. [13] Y *eso* es todo. En toda la encíclica, esa es la única razón dada (aunque es repetida una y otra vez) para explicar por qué los hombres deben transformar su más elevada experiencia de felicidad - su amor - en una fuente de agonía de por vida. Hacedlo así - la encíclica ordena - porque es la voluntad de Dios.

Yo, que no creo en Dios, me pregunto por qué quienes sí creen en Él le atribuyen un designio tan sádico, puesto que Dios es supuestamente el arquetipo de misericordia, bondad y benevolencia. ¿Para qué fin *terrenal* sirve esa doctrina? La respuesta va como un hilo oculto a lo largo de la encíclica, en circunloquios laberínticos, repeticiones, y exhortaciones.

En las esquinas más oscuras de ese laberinto uno encuentra algunos vestigios de argumento, en supuesto apoyo del axioma místico, pero esos argumentos son unos equívocos vergonzosamente claros. Por ejemplo: “... hacer uso del regalo del amor conyugal mientras se respetan las leyes del proceso generativo significa reconocer que uno no es el árbitro de las fuentes de la vida humana, sino más bien el administrador del designio establecido por el Creador. De hecho, así como el hombre

no tiene un dominio ilimitado sobre su cuerpo en general, tampoco tiene, con mayor razón, dominio sobre sus facultades creativas como tales, por ser su ordenación intrínseca hacia la creación de la vida, de la cual Dios es el principio”. [13]

¿Qué quieren decir aquí los términos “el hombre no tiene un dominio ilimitado sobre su cuerpo en general”? El significado obvio es que el hombre no puede alterar la naturaleza *metafísica* de su cuerpo, lo cual es verdad. Pero el hombre sí tiene poder de elección en cuanto a las *acciones* de su cuerpo, concretamente en cuanto a “sus facultades creativas”; y la responsabilidad por el uso de esas facultades específicas es decididamente suya. “Reconocer que uno no es el árbitro de las fuentes de la vida humana” es evadir y faltarle a esa responsabilidad. Aquí de nuevo, está implicado el mismo equívoco o paquete-oferta. ¿Tiene el hombre poder para determinar la naturaleza de su facultad procreadora? No. Pero, dada esa naturaleza, ¿es él el árbitro de traer una nueva vida humana a la existencia? Muy ciertamente lo es, y él (junto con su pareja) es el *único* árbitro de esa decisión; y las consecuencias de esa decisión afectan y determinan la totalidad del curso de su vida.

Esa es una pista para entender la intención de ese párrafo: si el hombre creyese que una decisión tan crucial como la procreación no está bajo su control, ¿cómo afectaría eso a su control sobre su propia vida, sus metas y su futuro?

La obediencia pasiva y la rendición impotente a las funciones físicas del propio cuerpo, a la necesidad de dejar que la procreación sea el resultado inevitable del acto sexual, es el estado natural de los *animales*, no de los hombres. A pesar de su preocupación por las aspiraciones más elevadas del hombre, de su alma, de la santidad del amor conyugal, es al nivel de los animales al que la encíclica busca reducir la vida sexual del hombre, de hecho, en realidad, en la Tierra. ¿Qué indica eso acerca de la visión del sexo que tiene la encíclica?

Anticipando ciertas objeciones obvias, la encíclica declara: “Ahora bien, algunos pueden preguntar: En el caso actual, ¿no es razonable en muchas circunstancias poder recurrir al control artificial de la natalidad, si de ese modo aseguramos la armonía y la paz de la familia y mejoramos las condiciones de educación de los niños ya nacidos? A esa pregunta es necesario responder con claridad: La Iglesia es la primera en ensalzar y recomendar la intervención de la inteligencia en una función que tan estrechamente asocia a la criatura racional con su Creador; pero ella afirma que eso debe hacerse con respeto hacia el orden establecido por Dios”. [16] ¿A qué subordina eso la inteligencia del hombre? Si a la inteligencia se le prohíbe considerar los problemas fundamentales de la existencia humana, se le prohíbe aliviar su sufrimiento, ¿qué indica eso en cuanto a la visión de la encíclica sobre el hombre, y sobre la razón?

La historia puede responder a esa pregunta concreta. La historia ha tenido un período de aproximadamente diez siglos, conocido como la Edad Media o la Edad Oscura, durante el cual la filosofía fue considerada como “la sirvienta de la teología”, y la razón como la humilde subordinada de la fe. Los resultados hablan por sí mismos.

No hay que olvidar que la Iglesia Católica ha luchado contra todos los avances de la ciencia desde el Renacimiento: desde la astronomía de Galileo a la disección de cadáveres (que fue el comienzo de la medicina moderna), al descubrimiento de la anestesia en el siglo XIX (el mayor y más singular descubrimiento, considerando el

incalculable y terrible sufrimiento que le ha ahorrado a la humanidad). La Iglesia Católica se ha opuesto al progreso médico con el mismo argumento: que la aplicación del conocimiento para aliviar el sufrimiento humano es un intento de contradecir el designio de Dios. Concretamente en cuanto a la anestesia durante el parto, el argumento alegaba que, puesto que Dios quería que la mujer sufriera al dar a luz, el hombre no tiene derecho a intervenir. (!)

La encíclica no recomienda una procreación sin límites. No se opone a todos los medios de control de la natalidad, sólo a aquellos que llama “artificiales” (o sea, científicos). No se opone a que el hombre “contradiga la voluntad de Dios”, ni a que sea “el árbitro de las fuentes de la vida humana”, con tal que use el medio que la encíclica aprueba: la *abstinencia*.

Al hablar del tema de “la paternidad responsable”, la encíclica declara: “En cuanto a condiciones físicas, económicas, psicológicas y sociales, una paternidad responsable se ejerce, o bien por una decisión deliberada y generosa de criar una familia numerosa, o bien por la decisión, tomada por serios motivos y con el debido respeto a la ley moral, de evitar durante un tiempo, o incluso por tiempo indeterminado, un nuevo nacimiento”. [10] Evitar ¿de qué forma? Absteniéndose del acto sexual.

Las líneas que preceden a ese pasaje son: “En cuanto a las tendencias al instinto o a la pasión, una paternidad responsable significa el control necesario que la razón y la voluntad deben ejercer sobre ellos”. [10] Cómo un hombre ha de obligar a su razón a obedecer un mandato irracional, y cómo le afectará eso psicológicamente, no se menciona.

Más adelante, bajo el epígrafe “Dominio del Ego”, la encíclica declara: “Dominar el instinto por medio de la razón y el libre albedrío de uno indudablemente requiere prácticas ascéticas... Sin embargo, esa disciplina, que es apropiada para la pureza de las parejas casadas, en vez de perjudicar al amor conyugal, le aporta un mayor valor humano. Exige un esfuerzo continuo; y aún así, gracias a su influencia benéfica, el marido y la mujer desarrollan completamente sus personalidades, enriqueciéndose así con valores espirituales... Esa disciplina le ayuda a ambas partes a desterrar el egoísmo, el enemigo del verdadero amor; y además intensifica su sentido de responsabilidad”. [21]

Si puedes soportar que ese estilo de expresión sea usado al tratar de tales materias - que para mí es poco menos que insoportable - y si te centras en el significado, observarás que “disciplina”, “esfuerzo continuo”, “influencia benéfica” y “mayor valor humano” se refieren a la tortura de la frustración sexual.

No, la encíclica no dice que el sexo en sí sea malvado; se limita a decir que la abstinencia sexual *en el matrimonio* es un “mayor valor humano”. ¿Qué nos dice eso sobre la visión del sexo - y del matrimonio - que tiene la encíclica?

Su visión del matrimonio es bastante explícita. “El amor [conyugal] es, ante todo, plenamente humano, es decir, de los sentidos y del espíritu al mismo tiempo. No es, entonces, un simple vehículo para el instinto y el sentimiento, sino también, y principalmente, un acto de libre albedrío, destinado a perdurar y a crecer a través de

las alegrías y las penas de la vida diaria, de tal manera que marido y mujer llegan a ser un solo corazón y una sola alma, y a alcanzar juntos la perfección humana.

“Por lo tanto, ese amor es total; es decir, es un tipo muy especial de amistad personal en la que marido y mujer lo comparten todo generosamente, sin reservas indebidas ni cálculos egoístas”. [9]

Calificar la emoción tan especial de *amor romántico* como una forma de *amistad* es destruirla: las dos categorías emocionales son recíprocamente excluyentes. El sentimiento de amistad es asexual; puede experimentarse hacia un miembro del mismo sexo.

Hay muchas otras indicaciones de ese tipo diseminadas por toda la encíclica. Por ejemplo: “Esos actos, por los que el marido y la mujer se unen en casta intimidad, y por medio de los cuales la vida humana es transmitida, son, como recordó el concilio, ‘nobles y dignos’”. [11] No es *castidad* lo que uno busca en el sexo, y describirlo de esa manera es castrar el significado del matrimonio.

Hay referencias constantes a los *deberes* de una pareja casada que han de ser considerados en el contexto del acto sexual: “deberes hacia Dios, hacia ellos mismos, hacia la familia, y hacia la sociedad”. [10] Si hay un único concepto que, al asociarlo con el sexo, haría que un hombre se volviese impotente, es el concepto de “deber”.

Para entender el significado exacto de la visión de la encíclica sobre el sexo, te voy a pedir que identifiques el denominador común - la *intención* común - de las siguientes citas:

“La enseñanza de la Iglesia, a menudo presentada por el Magisterio, está basada en la inseparable conexión, deseada por Dios e incapaz de ser quebrantada por el hombre por su propia iniciativa, entre los dos sentidos del acto conyugal: el sentido unitivo y el sentido procreativo. De hecho, por su estructura íntima, el acto conyugal, aún siendo el que más estrechamente une al marido y a la mujer, les capacita para generar nuevas vidas”. [12]

Y: “Los actos conyugales no cesan de ser lícitos si, por *causas independientes a la voluntad del marido y la mujer*, se prevee que sean infecundos”. [11, énfasis añadido]

Y: “La Iglesia prohíbe cualquier acción que, antes del acto conyugal, o durante su realización, o en el desarrollo de sus consecuencias naturales, busque, como fin o como medio, que la procreación se vuelva imposible”. [14]

Y: “La Iglesia no pone objeción a ‘un impedimento a la procreación’ que pudiera resultar del tratamiento médico de una enfermedad, *‘siempre que tal impedimento no sea, por cualquier motivo, directamente deseado’*. [15, énfasis añadido]

Y finalmente, la Iglesia “enseña que todos y cada uno de los actos del matrimonio (*‘quilibet matrimonii usus’*) deben permanecer abiertos a la transmisión de la vida”. [11]

¿Cuál es el denominador común de todas esas declaraciones? No es meramente el principio de que el sexo como tal es malvado, sino algo más profundo: es el mandamiento por medio del cual el sexo *se volverá* malvado, el mandamiento que, si es aceptado, divorciará el sexo del amor, castrará la espiritualidad del hombre, y convertirá al sexo en una indulgencia física carente de significado. Ese mandamiento es: *el hombre no debe considerar el sexo como un fin en sí mismo, sino sólo como un medio para un fin*".

La procreación y "el designio de Dios" no son la mayor preocupación de esa doctrina; son simplemente racionalizaciones primitivas a las cuales la autoestima del hombre ha de ser sacrificada. Si fuese de otra forma, ¿por qué esa insistencia y ese énfasis en prohibirle al hombre que impida la procreación por su propia voluntad y su elección consciente? ¿Por qué tolerar los actos conyugales de parejas que son infecundas por naturaleza en vez de por elección? ¿Qué es tan malvado en esa elección? Hay sólo una respuesta: esa elección se basa en la convicción de la pareja de que la justificación del sexo es su propio goce. Y *esa* es la visión que la doctrina de la Iglesia está empeñada en prohibir, cueste lo que cueste.

###

Que esa sea la intención de la doctrina lo confirma la posición de la Iglesia sobre el llamado "método del ritmo" para el control de la natalidad, un método que la encíclica aprueba y recomienda. "La Iglesia es coherente consigo misma cuando considera que recurrir a los períodos infecundos es lícito, mientras condena al mismo tiempo, como siendo siempre ilícito, el uso de medios directamente contrarios a la fecundación, aunque tal uso esté inspirado en razones que podrían parecer honestas y serias. . . . Es verdad que, en uno y otro caso, las parejas casadas concuerdan en la voluntad positiva de evitar los hijos por razones plausibles, buscando la certeza de que la descendencia no llegará; pero también es verdad que sólo en el primer caso ellas son capaces de renunciar al uso del matrimonio en los períodos fecundos cuando, por justos motivos, la procreación no es deseable, a la vez que hacen uso de ello durante los períodos infecundos para manifestar su afecto y salvaguardar su mutua fidelidad. Al hacer eso, dan prueba de un amor verdadero e íntegramente honesto". [16]

A primera vista, eso no tiene absolutamente ningún sentido, y la Iglesia ha sido acusada a menudo de hipocresía o de hacer concesiones al permitir ese método de control de natalidad tan poco fiable mientras prohíbe los demás. Pero si examinas esa declaración desde el aspecto de su intención, verás que la Iglesia es de hecho "coherente consigo misma", es decir, consistente.

¿Cuál es la diferencia *psicológica* entre "el método del ritmo" y otros medios de contracepción? La diferencia estriba en el hecho que, usando el "método del ritmo", una pareja no puede considerar el goce sexual como un derecho y como un fin en sí mismo. Con ayuda de un poco de hipocresía, lo único que hace la pareja es furtivamente arrancar de aquí y de allá un poco de placer personal, a la vez que los participantes mantienen el acto conyugal "abierto a la transmisión de la vida", reconociendo así que tener hijos es la única justificación moral del sexo, y que sólo por la gracia del calendario son ellos incapaces de consentirla.

Ese reconocimiento es el significado de esa peculiar implicación de la encíclica: que “renunciar al uso del matrimonio en los períodos fecundos” es, de alguna manera, una virtud (una renuncia que los métodos apropiados de control de natalidad no requerirían). ¿Qué otra cosa, excepto ese reconocimiento, puede ser el significado de la declaración, por lo demás ininteligible, que al usar el “método del ritmo” una pareja “da pruebas de un amor verdadero e íntegramente honesto”?

Hay una noción popular ampliamente extendida que explica el motivo por el que la Iglesia Católica se opone al control de la natalidad: el deseo de aumentar la población de católicos en el mundo. Eso puede ser superficialmente cierto en cuanto a los motivos de algunas personas, pero no es toda la verdad. Si lo fuese, la Iglesia Católica prohibiría el “método del ritmo” junto con todas las demás formas de contracepción. Y, más importante aún, la Iglesia Católica no lucharía por una legislación contra el control de la natalidad en todo el mundo: si la superioridad numérica fuese su objetivo, les prohibiría el control de la natalidad a sus propios seguidores, y permitiría que siguiese disponible para otros grupos religiosos.

El objetivo de la doctrina de la Iglesia en este asunto es, filosóficamente, mucho más profundo que eso, y mucho peor; el objetivo no es metafísico ni político ni biológico, sino psicológico: si al hombre se le prohíbe ver el goce sexual como un fin en sí mismo, él no considerará ni el amor ni su propia felicidad como un fin en sí mismo; si es así, entonces nunca logrará la autoestima.

No es contra burdas, animales o fisicalistas teorías del sexo, o de su uso, a lo que va dirigida la encíclica, sino contra el significado *espiritual* del sexo en la vida del hombre. (Por “espiritual” quiero decir: relativo la consciencia del hombre). No va dirigida contra la promiscuidad casual y estúpida, sino contra el amor romántico.

Para aclarar eso, voy a indicar, en su más breve esencia, una visión racional del papel del sexo en la existencia del hombre.

El sexo es una capacidad física, pero su ejercicio está determinado por la mente del hombre: por su elección de valores, mantenidos consciente o subconscientemente. Para un hombre racional, el sexo es una expresión de autoestima: una *celebración de sí mismo y de la existencia*. Para el hombre que carece de autoestima, el sexo es un intento de falsificarla, de adquirir su ilusión momentánea.

El amor romántico, en el pleno sentido del término, es una emoción posible solamente para el hombre (o la mujer) de autoestima inquebrantable: es su respuesta a los más altos valores en la persona del otro, una respuesta integrada de mente y cuerpo, de amor y deseo sexual. Tal hombre (o mujer) es incapaz de sentir un deseo sexual divorciado de valores espirituales.

Cito de *La Rebelión de Atlas*: “Los hombres que piensan que la riqueza proviene de recursos materiales y no tiene raíz o significado intelectual son los hombres que piensan - por la misma razón - que el sexo es una capacidad física que funciona independientemente de la mente, de la elección o el código de valores de uno... Pero, de hecho, la elección sexual de un hombre es el resultado y la suma de sus convicciones fundamentales... El sexo es el acto más profundamente egoísta de todos, un acto que el hombre no puede realizar por ningún otro motivo que su propio goce

- ¡intenta imaginar realizarlo en un espíritu de caridad desinteresada! - un acto que no es posible hacer en auto-humillación, sólo en auto-exaltación, sólo con la confianza de ser deseado y de ser digno de serlo.... El amor es nuestra respuesta a nuestros más altos valores, y no puede ser nada más... El amor romántico, en el pleno sentido del término, es una emoción posible sólo para el hombre (o la mujer) de autoestima inquebrantable. Tal hombre (o mujer) es incapaz de sentir un deseo sexual divorciado de valores espirituales. Sólo el hombre que ensalza la pureza de un amor sin deseo es capaz de la bajeza de un deseo sin amor”.

En otras palabras, la promiscuidad sexual ha de ser condenada, no porque el sexo como tal sea malvado, sino porque es *bueno*: demasiado bueno y demasiado importante para ser tratado a la ligera.

En comparación a la importancia moral y psicológica de la felicidad sexual, el tema de la procreación es insignificante e irrelevante, excepto como una amenaza letal; y ¡Dios bendiga a los inventores de la Píldora!

La capacidad para procrear es meramente un potencial que el hombre no está obligado a realizar. La decisión de tener hijos o no es moralmente opcional. La naturaleza dota al hombre con una variedad de potencialidades, y es su *mente* la que debe decidir qué capacidades él decide ejercitar, según su propia jerarquía de metas y valores racionales. El mero hecho de que el hombre tenga la capacidad de matar no quiere decir que sea su deber convertirse en asesino; del mismo modo, el mero hecho de que el hombre tenga la capacidad de procrear no quiere decir que sea su deber cometer suicidio espiritual haciendo de la procreación su meta primaria, y convirtiéndose en un animal de cría.

Sólo los animales tienen que adaptarse a su entorno físico y a las funciones biológicas de sus cuerpos. El hombre adapta su entorno físico y el uso de sus facultades biológicas a sí mismo, a sus propias necesidades y valores. *Eso* es lo que le distingue de todas las demás especies vivas.

Para un animal, criar a sus pequeños es una cuestión de ciclos temporales. Para el hombre, es una responsabilidad de por vida, una seria responsabilidad que no debe ser asumida ni a la ligera, ni de forma irreflexiva o accidental.

Con relación a los aspectos morales del control de la natalidad, el derecho primario en cuestión no es el "derecho" de un niño que aún no ha nacido, ni de la familia, ni de la sociedad, ni de Dios. El derecho primario es uno que - en el clamor público de hoy sobre el tema - pocas voces (si hay alguna) han tenido el valor de defender: *el derecho de un hombre y una mujer a su propia vida y felicidad*, el derecho a no ser tratados como medios para cualquier fin.

El hombre es un fin en sí mismo. El amor romántico - la profunda, exaltada y duradera *pasión* que une su mente y su cuerpo en el acto sexual - es el vivo testimonio de ese principio.

Eso es lo que la encíclica trata de destruir; o, más exactamente, de obliterar, como si no existiese y no pudiese existir. Observa las referencias desdeñosas que hace la encíclica al deseo sexual, llamándolas “instinto” o “pasión”, como si “pasión” fuese un

término peyorativo. Observa la falsa dicotomía que nos ofrece: la elección del hombre es: o una copulación “instintiva” y carente de sentido, o el matrimonio, una institución que nos es presentada, no como una unión de amor *apasionado*, sino como una relación de “casta intimidad”, de “especial amistad personal”, de “disciplina apropiada a la pureza”, de deber desinteresado, de choques alternados entre frustración y embarazo, y de un tipo tan incalificable de aburrimiento (propio de horribles películas populares de segunda clase, sobre el vecino de al lado) que haría que cualquier hombre que estuviese medio vivo saliese corriendo, en auto-preservación, al burdel más cercano.

No, no estoy exagerando. He reservado - como mi última prueba sobre la visión del sexo que tiene la encíclica - el párrafo en el que los rizos y los velos de equivocación eufemística se rasgan, de alguna forma, y la verdad desnuda se muestra a través de ellos.

Dice así:

“Los hombres rectos pueden incluso convencerse mejor a sí mismos de los sólidos fundamentos en los que se basa la enseñanza de la Iglesia en este campo, si se preocupan de reflexionar sobre las consecuencias de los métodos de control artificial de la natalidad. Deben considerar, en primer lugar, lo fácil y lo ancho que sería el camino que de ese modo se abriría a la infidelidad conyugal y a la degradación general de la moralidad. No se necesita mucha experiencia para conocer la debilidad humana, y para entender que los hombres, especialmente los jóvenes, son muy vulnerables en ese asunto: ellos necesitan estímulo para ser fieles a la ley moral, así que no se les debe ofrecer ningún medio sencillo de eludir su observancia. También hay que temer que el hombre, acostumbrándose cada vez más al uso de prácticas anticonceptivas, pueda finalmente perder respeto por la mujer y, sin preocuparle más su equilibrio físico y psicológico, pueda llegar al punto de considerarla como un mero instrumento de placer egoísta, y no como compañera querida y respetada”. [17]

No consigo imaginar a una mujer racional que no quiera ser justamente *un instrumento del placer egoísta de su marido*. No consigo imaginar cuál tendría que ser el estado mental de una mujer que pudiera desear o aceptar la situación de tener un marido que *no* derivase ningún placer egoísta al dormir con ella. No consigo imaginar a nadie, hombre o mujer, capaz de creer que el goce sexual destruiría el amor y el respeto de un marido por su mujer, pero que considerarla a ella una yegua de cría y considerarse a sí mismo un semental, sí le haría amarla y respetarla. La verdad es que todo esto es demasiado malvado para seguir discutiéndolo.

Pero debemos también prestar atención a la primera parte de ese párrafo. Dice que la contracepción “artificial” abriría “un camino fácil y ancho hacia la infidelidad conyugal”. Esa es la verdadera visión del matrimonio que tiene la encíclica: la *fidelidad* marital no descansa en nada mejor que el miedo al embarazo. Bien, “no se necesita mucha experiencia para saber” que ese miedo no ha sido nunca un elemento muy disuasorio para nadie.

Ahora observa la crueldad espantosa de la referencia a los jóvenes en ese párrafo. Admitiendo que los jóvenes son “vulnerables en ese asunto”, y declarando que

necesitan “estímulo para ser fieles a la ley moral”, la encíclica les prohíbe usar anticonceptivos, de esa forma mostrando claramente y a sangre fría que su idea de estímulo moral consiste en terror, en el puro y horrible terror de jóvenes atrapados entre su primera experiencia del amor y la primitiva brutalidad del código moral de sus mayores. Seguro que los autores de la encíclica no pueden ser ignorantes del hecho que no son los jóvenes perseguidores o las putillas adolescentes quienes serían las víctimas de la prohibición de anticonceptivos, sino los jóvenes *inocentes* que arriesgan sus vidas al buscar el amor, la chica que de pronto se encuentra embarazada y abandonada por su novio, o el chico que se ve atrapado en un matrimonio prematuro e indeseado. Ignorar la agonía de tales víctimas - los innumerables suicidios, las muertes a manos de abortistas carniceros, las vidas drenadas y desperdiciadas bajo la doble carga de un “deshonor” falso y de un niño indeseado - ignorar todo eso en nombre de “la ley moral” es hacer una burla de la moralidad.

Otra burla, esta verdaderamente increíble, nos acecha desde ese mismo párrafo 17. Advirtiendo contra el uso de anti-conceptivos, la encíclica declara: “Debe tenerse en cuenta también que un arma peligrosa sería por lo tanto puesta en manos de aquellas autoridades públicas que no hacen caso de las exigencias morales... ¿Quién impedirá que los gobernantes den prioridad, o incluso que impongan sobre sus ciudadanos, si lo consideran necesario, el método de contracepción que ellos juzguen ser el más eficaz? De ese modo, los hombres, queriendo evitar las dificultades individuales, familiares o sociales que encontrarían al observar la ley divina, llegarían al punto de poner a merced de la intervención de las autoridades públicas el sector más reservado y personal de la intimidad conyugal”. [17]

Ninguna autoridad pública ha intentado - y ningún grupo privado les ha instado a intentar - forzar la contracepción en los católicos. Pero cuando uno recuerda que es la Iglesia Católica la que ha iniciado la legislación contra el control de la natalidad en todo el mundo, poniendo así “a merced de la intervención de las autoridades públicas el sector más reservado y personal de la intimidad conyugal”, esa declaración se vuelve escandalosa. Si no fuese por la cortesía que uno debe mantener hacia el cargo papal, uno llamaría a esa declaración una desvergüenza.

Eso nos lleva a la posición de la encíclica sobre el tema del aborto, y a otro ejemplo de crueldad inhumana. Compara el voluble sentimentalismo en el estilo de la encíclica al hablar de “amor conyugal”, al tono claro, brusco y militar de lo siguiente: “Una vez más debemos declarar que la interrupción directa del proceso generativo ya comenzado, y por encima de todo, el aborto directamente deseado y procurado, *incluso si es por razones terapéuticas*, están excluidos como medios lícitos para regular la natalidad”. [14, énfasis añadido].

Tras ensalzar la virtud y la santidad de la maternidad como el deber más elevado de la mujer, como su “vocación eterna”, la encíclica le añade un riesgo especial de muerte a la realización de ese deber, una muerte innecesaria en presencia de doctores que están prohibidos de salvarla, como si una mujer no fuese más que un montón vociferante de carne infectada a la que no se le debe permitir imaginar que tiene derecho a vivir.

Y *esa* política es la que defienden los partidarios de la encíclica en nombre de su preocupación por “la santidad de la vida” y por “los derechos”: los derechos del embrión. (!)

Supongo que sólo un mecanismo de proyección psicológica puede hacer posible que esos defensores acusen a sus oponentes de ser “*anti-vida*”.

Observa que los hombres que defienden un concepto como “los derechos de un embrión” son los mismos hombres que rechazan, niegan y violan los derechos de un ser humano vivo.

Un embrión *no tiene derechos*. Los derechos no pertenecen a un ser *potencial*, sólo a un ser *real*. Un niño no puede adquirir ningún derecho hasta que nace. Los vivos tiene prioridad sobre los aún-no-vivos (o los no-nacidos).

El aborto es un derecho moral, que debe dejarse al juicio exclusivo de la mujer involucrada; moralmente, nada más que su deseo sobre el asunto ha de ser considerado. ¿Quién puede posiblemente tener derecho a dictarle a ella cómo debe disponer de las funciones de su propio cuerpo? La Iglesia Católica es responsable por las vergonzosas y bárbaras leyes contra el aborto, que deben ser revocadas y abolidas.

###

La intensidad de la importancia que la Iglesia Católica le atribuye a su doctrina sobre el sexo puede ser estimada viendo la enormidad de la indiferencia hacia el sufrimiento humano expresada en la encíclica. Sus autores no pueden ser ignorantes del hecho que el hombre tiene que ganarse la vida por su propio esfuerzo, y que no hay ninguna pareja en la Tierra - en ningún nivel de ingreso, en ningún país, civilizado o no - que sería capaz de mantener al número de niños que produciría si obedeciese la encíclica al pie de la letra.

Si asumimos que se trata de la pareja más rica e incluimos tiempo libre para períodos de “pureza”, seguirá siendo cierto que la carga física y psicológica de su “vocación” sería tan enorme que no quedaría mucho de ellos, especialmente de la madre, al llegar a los cuarenta años.

Piensa en la situación de una pareja americana *media*. ¿Que sería de sus vidas si consiguieran criar, digamos, veinte hijos, trabajando de sol a sol, librando una carrera desesperada con visitas periódicas a salas de maternidad, con facturas de alquiler, facturas de comida, facturas de ropa, facturas del pediatra, facturas de purés de verduras, facturas de libros escolares, sarampión, paperas, tosferina, árboles de navidad, películas, cucuruchos de helado, campamentos de verano, vestidos de fiesta, citas, cartillas militares, hospitales, universidades. . . con cada aumento de sueldo del padre productivo y trabajando duro siendo hipotecado y engullido antes de recibirlo. . . ¿qué habrían conseguido al final de sus vidas, excepto la esperanza de poder de pagar sus facturas del cementerio por adelantado?

Ahora piensa en la situación de la mayoría de la humanidad, de personas que apenas pueden subsistir a un nivel de pobreza prehistórica. Ningún ahínco, ningún esfuerzo agotador del más capaz y el más consciente de los padres puede permitirle alimentar adecuadamente a un solo niño, y mucho menos a una fila interminable de ellos. La horrible miseria de niños raquíticos, carcomidos por enfermedades y crónicamente desnutridos, muriendo en tropel antes de cumplir los diez años, es algo documentado y conocido por todo el mundo. El Papa Pablo VI - que concluye su encíclica

mencionando su título como representante terrenal de “el Dios de la santidad y la misericordia” - no puede ser ignorante de esos hechos; y, sin embargo, de hecho los ignora.

La encíclica deja de lado ese tema de forma singularmente irresponsable: “Somos muy conscientes de las serias dificultades experimentadas por las autoridades públicas en ese sentido, sobre todo en los países en vías de desarrollo. A sus preocupaciones legítimas dedicamos nuestra encíclica '*Populorum Progressio*'. . . La única solución posible a esta cuestión es la que considera el progreso social y económico tanto de individuos como de la sociedad humana en su conjunto, y que respeta y promueve los verdaderos valores humanos.

“Tampoco puede uno, sin grave injusticia, considerar que la Divina Providencia sea responsable por algo que depende, por el contrario, de la falta de sabiduría del gobierno, de un insuficiente sentido de justicia social, de una monopolización egoísta o de nuevo de una indolencia culpable al afrontar los esfuerzos y los sacrificios necesarios para asegurar la elevación de los estándares de vida de un pueblo y de todos sus hijos”. [23]

La encíclica “*Populorum Progressio*” abogaba por la abolición del capitalismo y la creación de un Estado mundial totalitario, socialista-fascista, en el que el derecho a “lo mínimo esencial para la vida” ha de ser el principio rector, y “todos los demás derechos, sean cuales sean, incluyendo los de propiedad y libre comercio, han de estar subordinados a ese principio”. (Para una discusión sobre esa encíclica, ver mi ensayo “Réquiem por el Hombre” en *Capitalismo: El Ideal Desconocido*).

Si hoy, un hombre desesperado por abrirse camino, en algún lugar de Perú o China o Egipto o Nigeria, aceptase los mandamientos de la presente encíclica y se esforzase por ser moral, pero viera a su manada de niños muriendo de hambre a su alrededor, el único consejo práctico que la encíclica le daría es: Espera que se establezca un Estado colectivista mundial. ¿Qué, en nombre de Dios, debe hacer mientras tanto?

Filosóficamente, sin embargo, la referencia a la encíclica anterior, “*Populorum Progressio*”, es extremadamente significativa: es como si el Papa Pablo VI estuviese señalando el puente entre los dos documentos y el fundamento que tienen en común.

El Estado mundial propugnado en “*Populorum Progressio*” es una utopía de pesadilla donde todos están esclavizados a las necesidades físicas de todos; sus habitantes son robots desinteresados programados por los principios del altruismo, sin ambición personal, sin mente, ni orgullo ni autoestima. Pero la autoestima es un enemigo contumaz de todas las utopías de ese tipo; y es dudoso si la mera esclavización económica la destruiría completamente en las almas de los hombres. Lo que “*Populorum Progressio*” pretendió lograr desde fuera, en cuanto a las condiciones físicas de la existencia del hombre, “*Humanae Vitae*” pretende lograrlo desde dentro, en cuanto a la devastación de la consciencia del hombre.

“No permitas que los hombres sean felices”, decía Ellsworth Toohey en *El Manantial*. “La felicidad es auto-contenida y auto-suficiente. . . Los hombres felices son hombres libres. Así que, mata su alegría de vivir. . . Hazles sentir que el mero hecho de tener un deseo personal es malvado... Los hombres infelices vendrán a ti.

Te necesitarán. Vendrán en busca de consuelo, de apoyo, de escape. La naturaleza no permite ningún vacío. Vacía el alma del hombre, y el espacio es tuyo para llenarlo”.

Privados de ambición, y sin embargo sentenciados a un trabajo agotador interminable; privados de recompensas, y sin embargo ordenados a producir; privados de goce sexual, y sin embargo obligados a procrear; privados del derecho a la vida, y sin embargo prohibidos de morir. . . condenados a ese estado de muerte en vida, los que hayan aceptado la encíclica “*Humanae Vitae*” estarán listos para entrar en el mundo de “*Populorum Progressio*”; no tendrán ningún otro sitio adonde ir.

“Si algún hombre como Hugh Askton”, dijo Hank Rearden en *La Rebelión de Atlas*, “me hubiese dicho, cuando empecé, que al aceptar la teoría del sexo de los místicos yo estaba aceptando la teoría económica de los saqueadores, me habría reído en su cara. No me reiría de él ahora”.

Sería un error, sin embargo, suponer que en la jerarquía subconsciente de motivos de los hombres que escribieron esas encíclicas, la segunda, “*Humanae Vitae*”, fue sólo el medio espiritual para la primera, “*Populorum Progressio*”, que era el fin material. Los motivos, yo creo, fueron los opuestos: “*Populorum Progressio*” fue simplemente el vehículo material para “*Humanae Vitae*”, que era el objetivo espiritual.

“ Con nuestro predecesor el Papa Juan XXIII”, dice el Papa Pablo VI en “*Humanae Vitae*”, “repetimos: ninguna solución a esas dificultades es aceptable ‘si violenta la dignidad esencial del hombre’ y está basada exclusivamente ‘en una concepción absolutamente materialista del propio hombre y de su vida’”. [23, énfasis añadido]. Lo dicen en serio, aunque no exactamente de la forma que quieren que lo entendamos.

En términos de la realidad, nada podría ser más *materialista* que una existencia dedicada a alimentar a todo el mundo y a procrear hasta el límite de la capacidad de uno. Pero cuando dicen “materialista”, quieren decir relativo a la mente del hombre y de este mundo; por “espiritual” se refieren a cualquier cosa que sea anti-hombre, anti-mente, anti-vida, y, sobre todo, anti-posibilidad de felicidad humana en la Tierra.

El objetivo final de la doctrina de esas encíclicas no son ventajas materiales que pueden ser obtenidas por los gobernantes de un Estado esclavo mundial; el objetivo final es la castración y la degradación espiritual del hombre, la extinción de su amor por la vida, eso es lo que “*Humanae Vitae*” quiere lograr, y lo que “*Populorum Progressio*” quiere simplemente materializar y perpetuar.

El medio para destruir el espíritu del hombre es *una culpa inmerecida*.

Lo que dije en “Réquiem por el Hombre” sobre los motivos de “*Populorum Progressio*” se aplica tan de lleno a “*Humanae Vitae*”, con sólo un parafraseo de menor importancia en cuanto a su tema: “Pero, dices, ¿el ideal de la encíclica no funcionará? No está hecho para funcionar. No está hecho para lograr la castidad humana o la virtud sexual; está hecho para inducir culpa. No está hecho para ser aceptado y practicado; está hecho para ser aceptado y desobedecido; desobedecido por el deseo “egoísta” del hombre de amar, el cual se convertirá así en

una debilidad vergonzosa. Los hombres que aceptan como ideal una meta irracional que no puedan lograr, nunca más alzan sus cabezas, y nunca descubren que sus cabezas agachadas eran el único objetivo a lograr”.

Dije, en ese artículo, que “*Populorum Progressio*” fue creada por un sentido de vida - no de un individuo, sino de una institución - cuya fuerza motriz y obsesión dominante es el deseo de quebrantar el espíritu del hombre. Hoy, digo eso, con evidencia más clara aún, sobre la encíclica “*Humanae Vitae*”.

Ese es el tema fundamental que ninguna de las dos partes del conflicto actual está seriamente dispuesta a identificar.

Los conservadores o los tradicionalistas de la Iglesia Católica parecen saber, independientemente de las racionalizaciones que postulen, que ese es el significado y la intención de su doctrina. Los liberales parecen ser más inocentes, al menos en ese tema, y se esfuerzan por no tener que encararlo. Pero ellos son los defensores del estatismo global y, al oponerse a “*Humanae Vitae*”, están simplemente librando la batalla correcta por las razones incorrectas. Si ellos ganan, sus visiones sociales les llevarán a los mismos resultados finales.

La rebelión de las víctimas, los católicos seculares, tiene una pizca de sana auto-afirmación; sin embargo si ellos desafían la encíclica y continúan practicando el control de la natalidad, pero lo ven como una cuestión de su propia debilidad y culpa, la encíclica habrá ganado: eso es precisamente lo que fue diseñada para lograr.

Los obispos americanos de la Iglesia Católica, luchando supuestamente para encontrar un término medio, emitieron una carta pastoral declarando que la contracepción es *una maldad objetiva*, pero que los individuos no son necesariamente culpables o pecadores si la practican, lo cual equivale a abdicar totalmente del reino de la moralidad, y sólo puede llevar a los hombres a un sentido de culpa aún más profundo.

Esa es la trágica futilidad de intentar combatir las consecuencias existenciales de un asunto filosófico, sin enfrentar y desafiar la filosofía que las produjo.

Ese asunto no está limitado a la Iglesia Católica, y va más allá del problema de la contracepción; es una crisis moral llegando al clímax. La esencia del asunto es la visión del hombre y de su vida que tiene la civilización occidental. La esencia de esa visión depende de la respuesta a dos preguntas relacionadas: ¿Es el hombre (el individuo) un fin en sí mismo?, y ¿tiene el hombre derecho a ser feliz en este mundo?.

A lo largo de la historia, Occidente ha sido desgarrado por una profunda ambivalencia sobre esas preguntas: todos sus logros proceden de aquellos períodos en los que los hombres actuaron como si la respuesta fuese “Sí”; pero, con muy raras excepciones, sus portavoces, los filósofos, siguieron proclamando un estruendoso “No”, en innumerables formas.

Ni un individuo ni una civilización entera pueden existir indefinidamente con un conflicto de ese tipo sin resolver. Nuestra era está pagando el castigo por ello. Y es nuestra era la que tendrá que resolverlo.

* * *



* * *

© *Objetivismo Internacional*